

CLAMORES Y RUEGOS HUMILDES QUE HACE QUITO

al Señor de Cielos y Tierra, Dios de los Ejércitos
y de las misericordias

—1809.—

ESCRITO DE D. VICENTE PEÑA HERRERA.

Salvum fac Populum tuum, Domine, et benedic hereditate tuæ.

CLAMORES DE QUITO A DIOS POR LAS NECESIDADES PRESENTES.

Las necesidades presentes de la Religión y del Estado han llegado á un punto tan lamentable que á la indolencia más refinada debe causar confusión y espanto! Qué es ver á la Cabeza visible consternada, perseguida, oprimida y arrastrando en lugar de Magestad y Soberanía, desprecios, ludibrios y pesares! Qué! el que la Iglesia en sus Santuarios se halla despojada de sus haberes, desolada de sus reliquias, ultrajada en sus Santos, robada de sus tesoros, sin culto, sin Ministros y sin sacrificios! Qué! el que la Casa de Dios está profanada, yerma, saqueada y convertida en cueva de ladrones! Qué! que el mismo Jesucristo en persona (qué sacrilegio!) ha sido arrastrado por tierra, pisado, puesto en venta como esclavo y hecho juguete ó muñeco de la perversidad! Qué! el estar sin amparo las viudas, sin honor las casadas, sin pureza las vírgenes, sin seguridad las doncellas y todo el bello sexo estuprado, violado y hecho pasto de la sensualidad! Qué! la Sión Santa llena de lágrimas! los templos vivos agitados, mustios y agobiados con el terror! ¿Y habrá cristiano que oiga con indiferencia esta catástrofe? ¿corazón que no se enternezca al escuchar esta miseria? ¿alma católica tan serena que duerma en el seno del apatismo y no despierte con el ruido de esta tormenta que amenaza á la Nave de San Pedro y á su tripulación? A esa Nave que es nuestro refugio, nuestro bienestar y nuestro asilo; á esa Nave que la construyó Jesucristo, que la empavesó y adornó con sus méritos, que la enriqueció con su sangre, que la armó con sus Sacramentos, que la defendió con su poder, que la guía con su Sabiduría, que la aprecia con dilección, que la guarda con cuidado, que la ofrece su socorro y que la promete que prevalecerá contra toda potestad: á esa Nave en cuyo seno se abriga el alma combatida, respira el hombre

turbado, halla vida el moribundo, consigue perdón el arrepentido, y disfruta de Misericordia el pecador: esa Nave que tiene por remo la verdad, por rumbo la Ley Santa, por vela la gracia, los auxilios por remeros, por Piloto el temor santo, por Capitán á Jesucristo y por término el Cielo: ese Cielo en donde está fija nuestra herencia, construída nuestra morada, prevenida nuestra felicidad, preparada nuestra corona, nuestra dicha, nuestro bien y gloria eterna: ese Cielo en donde nos espera Jesús, en donde todo es alegría, claridad y orden, en donde los Angeles, Querubines y Serafines, bendicen, alaban y adoran á la eterna Majestad, gozan y gustan de su Divina Esencia, le obedecen y sirven con regocijo y endulzan su Corte con la melodía de su canto: ese Cielo en donde el Padre con su poder, el Hijo con su sabiduría, el Espíritu Santo con su amor, eternizan el contento, se complacen en sí y se comunican con plenitud de gracias á los Angeles y á los Santos tanto militantes como triunfantes: ese Cielo que siendo como es el resorte de nuestras buenas obras, es preciso que para conseguirlo maniobremos en la Nave, procurando con todo esfuerzo evitar el naufragio para llegar á tan feliz puerto y que todos los pasajeros que son nuestros hermanos en Jesucristo, logren el mismo destino, y muy particularmente nuestro amado Rey Fernando á quien la Providencia por sus altos é incomparables designios, ha permitido que la perfidia haga presa de su inocente persona, la extraiga de su patrio suelo, la aprisione como á delincuente, la lleve á región extranjera, la arrebate su trono y la procure su exterminio. Ah, joven inocente! de dónde te vienen tantos trabajos?, cuál es el delito que tu conciencia sobresalta?, tu tierna edad ha sido capaz de prostituir tu corazón para que seas el blanco del infortunio?, las primicias de tus obras no han sido regaladas por la recta razón y por la ley que profesas?, tu corazón no ha sido conducido con la luz de la fe y máximas cristianas?. Qué entendimiento no ha sido iluminado con los resplandores de la Ley Santa y verdades eternas?. No has obedecido ciegamente desde tu niñez los preceptos del Soberano Sér, los de tu amado Padre y los del Mentor que te destinó el Cielo?. Tu alma generosa no ha sido siempre fiel á Dios y á los hombres?. Tus enemigos no han tenido en vos mismo su amparo y protección?. Tus amigos no han sido dueños de tu corazón, de tu liberalidad y de tu beneficencia?. Pues cuál es el lunar que se te opone para oscurecer tu vida y ponerte al borde de tu exterminio?. Ah! qué pasmo! Naciste, como todos los hombres, sujeto á las calamidades que nos acarreó nuestro primer padre, y aunque naciste Rey no te eximiste de coger

los frutos amargos que cultivó la transgresión primitiva. Naciste por línea recta de la casa de Borbón, y he aquí la culpa que sojuzga tu inocencia y te hace acreedor á que el ambicioso monstruo de nuestros tiempos procure tu ruína y pretenda colocar una dinastía extranjera, delincuente y llena de oprobio; qué atrevimiento!. Querer destruir la sucesión que eligió Dios para sustentáculo de su Iglesia, para defensa de su fe y para depósito de su Religión católica!. Qué podrá esa podre, ese vil gusano de la tierra contra quien tiene en sola su simple voluntad el Cielo, la Tierra y los Abismos?. Cómo podrá ese polvo, esa nada atacar al Fuerte, ni impedir que subsistan en el mundo los Decretos Eternos de su Providencia, ni que su palabra no sea permanente?. Piensa ese basilisco que su ponzoña ha de tener efecto en un Rey Católico, ni en una Nación que la escogió el Omnipotente para sus delicias y la dió graciosamente por tutelar de élla á la Emperatriz de la gloria? Bien pueden salir como han salido del Abismo todas las furias con su miserable Príncipe en socorro de ese juguete de hombre, no adelantarán en la lid otra cosa que su confusión. El manto de esa Heroína, Virgen y Señora de Angeles y de hombres, bastará á poner á cubierto de la tormenta á todo su escogido pueblo; élla se pondrá delante de los escuadrones católicos, hará temblar á los Demonios, pondrá en precipitada fuga las legiones enemigas y dará la victoria á sus fieles vasallos; siempre que éstos imploren su protección, se humillen en su presencia y con sincero y puro corazón se pongan á su sombra y le supliquen se interese por ellos ante el Dios de los Ejércitos, para que retirando su justicia á su inmensidad misma, se compadezca de su pueblo, ponga en ejercicio su infinita misericordia, se enternezca de nuestros suspiros, reciba nuestras deprecaciones, enjague nuestras lágrimas, perdone nuestros desvaríos y transgresiones y derrame sobre su Iglesia, sobre Fernando y sobre todos los católicos sus bendiciones para que fortalecidos con ellas, puedan soportar los trabajos presentes y triunfar de los enemigos visibles é invisibles de la Religión y de los Estados Católicos. Sí, estamos obligados por todos títulos á implorar el favor del Cielo y no cesar de remitir nuestras oraciones por estas necesidades al Dios de las piedades y Padre de las misericordias: buenos y malos todos son acreedores á nuestra compasión. La Humanidad exige que amemos á nuestros hermanos; la Naturaleza á nuestros semejantes, la Caridad á nuestros prójimos y la Religión á nuestros enemigos. Es preciso que el que se alistó en la milicia de Jesucristo, se revista de estos sentimientos para parecer hombre de Cristo: estaría demás el

crisma que nos unió á Sociedad tan Santa, si no obramos según el espíritu de nuestra profesión; de aquí es que cuando los católicos escuadrones pugnan con los enemigos y derraman su sangre por la Patria, Rey y Religión, nosotros debemos también derramar nuestros corazones á los pies de los Altares y rogar á Dios por nuestros hermanos: ellos tienen derecho á estos socorros, por habernos traído á este Hemisferio la luz de la fe, por descender nosotros de esos troncos y por ser vasallos de un mismo Rey; y por lo mismo, encadenados con una misma Ley, con un mismo cuerpo y con un mismo carácter. Si la razón dice que socorramos al necesitado, la Religión manda que cuanto más demos, se nos centuplicará, y ¿qué mayor socorro para nuestros amados y necesitados Españoles que levantar nuestras manos (como Moisés al Cielo) para alcanzar de ese Señor Omnipotente el que las armas católicas queden victoriosas? No cesemos, pues, compatriotas amados, de un ejercicio en que resplandece la piedad y el amor recíproco que nos distingue de los demás hombres que miran nuestra profesión con desprecio: reflexionemos que vivimos no sólo para nosotros, sino para todos los hombres; que nuestra existencia no es casual, sino dispuesta desde *ab-eterno*; que somos hijos de un mismo Padre; que participamos por medio de Jesucristo de los resplandores de la luz eterna; que tenemos derecho á reclamar de la infinita piedad y amorosa Providencia sus socorros; que estamos bañados con la sangre del Cordero sin mancha; y que, buenos y malos, justos y pecadores, somos miembros de Jesucristo, ingertos en su Cuerpo Santo y marcados con su Cruz: reflexionemos que si los perseguidos y católicos Españoles merecen nuestra ternura, no desmerecen nuestra compasión los que sirven de instrumento á sus aflicciones; que si los fieles derraman su sangre por la fe y nos llenan de lágrimas sus padecimientos, es mayor la amargura de nuestro corazón por los que haciendo de verdugos, acumulan en su conciencia más impedimentos á su conversión. Todos, todos tienen derecho á que los méritos de Jesucristo tengan efecto en sus almas y las eleve al grado de hijos, y hace fuerza al corazón cristiano para que se interese en rogar á Dios para que deponga su justo enojo y mire al católico, al infiel, al hereje y al cismático con misericordia. La razón, la justicia y la religión exigen del cristiano estos sentimientos; la Iglesia Nuestra Madre, aunque perseguida, nos recuerda y encarga estos deberes, ella llora nuestras aflicciones, pero no se olvida ni quiere que se pierdan sus enemigos; está combatida y agitada con la persecución, pero no se abate ni deja de implorar del Celestial Padre sus favores y gra-

cias, gime solitaria, porque sus brazos auxiliares están dispersos y fugitivos, pero en su misma orfandad, recurre á Dios por el consuelo; ve á sus hijos derramando sangre por su defensa, pero no se turba ni pide venganza contra los agresores; percibe los suspiros y ayes de su grey; y aunque sus ecos lastimeros le enternecen, no quiere la muerte de los opresores, sino que vivan eternamente. Repara que su cabeza se halla turbada, que su decoro está ultrajado, que su autoridad está hollada, que sus decisiones no se respetan, que se desprecian sus juicios y que sus paramentos, su cayado y su Tiara, se vilipendian; pero, en medio de este laberinto de iniquidades, levanta la voz al Cielo, eleva sus manos y clama por el remedio: tiende los ojos por todo el Orbe cristiano, y en toda su extensión no encuentra sino una sociedad alarmada en su defensa, un solo Rey que suspira por su Madre, pero que se halla prisionero, cautivo y sin libertad para manifestar su amor á tan tierna Madre, ponerse al frente de sus tropas y dar con su ejemplo reglas de respeto y de celo por la Religión á las demás testas que se glorían de ser hijas de la Iglesia. Ved aquí, amados compatriotas, el cuadro de nuestras desgracias y el estado deplorable en que se hallan nuestros mejores intereses. ¿Podréis por ventura mirarlos sin dolor y con indiferencia? Vosotros, quiteños, que tenéis la dulzura por genio, la docilidad por naturaleza y la piedad por carácter, ¿os desentenderéis ahora de ejercitar tan bellas cualidades, sin que los sentimientos del corazón por tan justas causas no se patenticen al mundo entero? Será posible que el quiteño, cuya fidelidad al Rey, cuya obediencia á la Iglesia y cuyo celo por la Religión han sido tan firmes, degeneren y obren ahora en contrario de lo que la razón, la justicia y la Religión han menester? No lo espera, nó, mi modo de pensar: conozco su carácter, y por lo tanto, estoy cierto de que los gritos presentes de nuestros hermanos los Españoles, los sentimientos de nuestro Santo Padre Pío VII, las tiernas voces de Fernando VII y las aflicciones de nuestra Madre Católica, sacarán del pecho quiteño lágrimas de sangre. Sí, esas lágrimas que saben escalar las puertas del Em-píreo y sacar buen partido del Tribunal eterno; esas lágrimas que no teniendo por origen la humorada, sino el amor á Dios y al prójimo, saben quitar de las manos del Supremo Juez la espada de su justicia y convertir su justo enojo en piedad y misericordia.

(Se continuará)